

Textos sincréticos y redes de temporalidad

Alma Yolanda Castillo Rojas

Ambrosio Javier Luna Reyes

Universidad Autónoma de Puebla

1. Los puntos de partida

¿Cómo se presentan los distintos *tipos de tiempo* en las manifestaciones de cultura popular? Esta es la pregunta general que utilizaremos como punto de partida para desarrollar planteamientos cada vez más finos con relación a la multiplicidad de pautas de temporalidad simultáneamente presentes en las distintas situaciones de la vida cotidiana. Vamos a utilizar la expresión “redes de temporalidad” para significar el dinamismo y la riqueza de componentes, relaciones y transformaciones del tiempo, en relación con distintos conjuntos de hechos y acontecimientos que requieren de diferentes modos y niveles de atención afectiva e intelectual, así como de varios modelos de representación.

La consideración de la inscripción del tiempo en los textos, desde el punto de vista semiótico nos lleva a plantearnos varias líneas de reflexión:

1. Cómo se caracteriza al tiempo mismo, como sistema de representación.

2. Cómo interviene el tiempo, o mejor dicho los procesos de temporalización, en la constitución de la significación de los textos.
3. Bajo qué tipo de lenguajes y de esquemas se manifiesta el tiempo en los textos.

Estas líneas de trabajo están estrechamente relacionadas entre sí pero trataremos de separarlas para dar coherencia a nuestra breve exposición.

Veamos, en primer lugar, la definición sociológica del tiempo, que lo plantea como un sistema de representación:

La palabra "tiempo" es el símbolo de una relación que un grupo humano (esto es, un grupo de seres vivos con la facultad biológica de acordarse y sintetizar) establece entre dos o más procesos, de entre los cuales toma uno como cuadro de referencia o medida de los demás (Elías, 1997: 56).

Relacionar diversos procesos entre sí como "tiempo" requiere la vinculación de los seres humanos (que relacionan) y de dos o más entidades continuas en devenir, una de las cuales cumple con la función de ser el *continuum* normalizado, el marco de referencia para las demás. Por esta razón, la determinación del tiempo es una actividad humana que ha cambiado según las diferentes necesidades de cada época, y de cada grupo social. En este sentido, las siguientes preguntas serían válidas para desarrollar todo un programa de investigación: *quién* o *qué* (grupo de poder, institucionalizado) relaciona *qué con qué y para qué* (con qué fin).

Las respuestas podrían ir desde el conocimiento del uso del propio cuerpo como *continuum* estandarizado (entre la vida y la muerte) para determinar el tiempo de otros procesos, hasta el uso de los relojes (*continuum* físico en devenir, de factura humana) y los calendarios, que incrementan la relativa autonomía de la determinación social del tiempo.

Conceptualizar el tiempo como una forma de relación nos lleva a pensar con más claridad que este programa de investigación tendría como objetivo el observar cómo diferentes grupos humanos *temporalizan*. Por otro lado, el tiempo, como síntesis simbólica de alto nivel, que apoya la relación de posiciones en la sucesión de fenómenos físicos, sociales e individuales, *se manifiesta en lenguaje*, es decir, en un sistema de representación (ya sea verbal, matemático, musical...). Pero el tiempo es también una herramienta (una pauta) que se necesita para poder orientarnos en la ejecución de muchas y variadas tareas. Esta herramienta es producto de un aprendizaje.

Quizá, desde el punto de vista antropológico, el preguntarse por el *cuándo* hacer una tarea, por el *cuánto* hacerla y por el *cómo* hacerla (si rápida o lentamente), dio origen al establecimiento de las características de los procesos de temporalización que requerían fijar el orden o lugar de un hecho, un acontecimiento o acción en una sucesión o bien observar su vinculación con otro hecho en una simultaneidad; también se buscaba señalar su duración (con sus límites incoativo, terminativo), ya fuera por medios cuantitativos (lexicalización de hechos-referencia como: día, hora, semana, invierno, 1912, siglo XVI, etc.) o cualitativos (que se refieren más bien al señalamiento de los ritmos: aceleración, desaceleración; rápido, lento).

Estas últimas reflexiones vinculadas a la consideración del tiempo como lenguaje, como sistema de representación, nos llevan a pensar en la intervención del tiempo en la constitución de la significación de los textos. Si aceptamos que un texto es, como dice Lotman (1993:20):

...un complejo dispositivo que guarda variados códigos, capaz de transformar los mensajes recibidos y de generar nuevos mensajes, un generador informacional que posee rasgos de una persona con un intelecto altamente desarrollado,

entonces, en este complejo que se considera como unidad de significación, debe estar presente un principio organizacional,

una *narratividad* (en el sentido general que le da Greimas), que apela al establecimiento de procesos de temporalización. La temporalización, como proceso semiótico, es básica para establecer, de entrada, por ejemplo, un tiempo enuncivo o de lo enunciado (tiempo de lo representado) y un tiempo enunciativo o de la enunciación (tiempo del acto de representar). Además, para ubicar estos procesos de enunciación y enuncivo, en una relación de concomitancia (simultaneidad) o no concomitancia (planteamiento de una sucesión en la que algo ocurre antes o después), lo que permite discernir sobre el embragamiento o no de estos procesos.

La temporalización se presenta de manera isomorfa en estos dos niveles, es decir, en ambos se hace necesario organizar la información en función del quién hace qué cosa y en qué circunstancias. La determinación del tiempo sería parte de estas circunstancias, ya que se requiere hacer referencia al *cuándo* y al *cuánto* de las *acciones* (fenómenos en devenir). En los dos niveles se actualizan, por lo tanto, procedimientos de programación y localización temporal.

Según el tipo o tipos de lenguaje presentes en el texto, estos procedimientos productores de significación se manifiestan en lengua (lenguaje verbal), en números (lenguaje matemático) o en otras substancias. Esto nos lleva a ubicarnos en la tercera línea de reflexión: bajo qué tipo de lenguajes y de esquemas se manifiesta el tiempo en los textos.

En los textos verbales, por ejemplo, el tiempo se expresa de diferentes maneras, en diferentes niveles. En un nivel que podríamos llamar macrotextual, la manera en que se organiza la información en un espacio ya explicita una programación temporal. El uso de expresiones lingüísticas que funcionan como nexos entre acontecimientos e informaciones, tales como “durante ese tiempo”, “mientras esto sucedía, también...”, “al mismo tiempo”, etc., permite significar simultaneidad; mientras que otras expresiones como “primero ocurrió...”, “luego...”, “después...”, indican o establecen una sucesión y a la vez una

localización de hechos en esa sucesión. Lo mismo ocurre en el nivel microtextual cuando con los verbos y los adverbios se explicitan relaciones y significaciones temporales (presente, pasado, futuro, como significaciones ancladas en los morfemas verbales que además también aspectualizan); lexicalizaciones o cronóminos que marcan duraciones particulares según sistemas de referencias temporales socioculturalmente ya establecidos (ayer, hoy, mañana; en una hora, hace diez años, a media semana...).

Pero esto que parece tan sencillo se complica cuando en los textos verbales aparecen varios mundos posibles como el mundo del sueño, el del recuerdo, el mítico y el “real”. La simultaneidad o la presentación en sucesión de diferentes mundos posibles en un texto, plantea lo que podríamos llamar el establecimiento de redes temporales, es decir, la coexistencia dinámica de diferentes formas de temporalizar (o de establecer tiempo) y de representar tiempo. En muchos textos literarios se utiliza este recurso justamente como un mecanismo relevante para producir significaciones alternativas y para así enriquecer también nuestra percepción del tiempo. Pero esto no es privativo de los textos artísticos, en muchos textos populares también se plantea, con riqueza, la coexistencia de mundos posibles diferentes. Muchos relatos presentan mundos encantados o míticos donde “el tiempo no pasa” y que se contraponen a mundos “reales”, donde hay, por ejemplo, que “esperar un año” para poder volver a ver el mundo encantado o para poder recuperarlo:

Dicen que una vez pasaban unos arrieros que iban rumbo a Puebla y vieron una tienda, así, en el camino... Uno dice:

— ¡Mira, ahí está una tienda! Cómprate unos cigarros y cerillos; vete a traer unos cigarros.

Que va. El otro siguió caminando, el arriero siguió caminando, arreando sus burros; y caminando iba así. /.../ Y por fin que llegó a Puebla y nunca llegó el otro, nunca lo alcanzó el compañero.

Y regresó. Pos que no había nada... Pos aquí estaba la tienda. Enton's le dijeron que era encanto, que viniera al año, al año que viniera y ahí estaría /la tienda/. Y de veras, al año vino y ta'bierta la tienda. Y que va. El otro señor está comprando cigarros... ¡Que le da el jalón pa' fuera, lo jaló pa' fuera y lo sacó! Y dice:
 —¡Pero con que 'orita acabo de entrar!
 —¡Cómo que 'orita! ¡Tiene más de un año! Tiene más de un año, cómo vas a entrar 'orita /.../ (Castillo, 1994; 371).

En estos casos, los esquemas de representación temporal (y no sólo los recursos lingüísticos particulares), también cambian y el "tiempo" puede aparecer como una línea simple, orientada en una dirección, como representando un flujo irreversible, o por el contrario, puede aparecer como un círculo que permite considerar al devenir como reversible, repetible, o puede aparecer como una espiral, o como un ir y venir entre puntos ubicados en diferentes sistemas de referencia, en diferentes códigos, de tal manera que parezca un tejido o una red.¹

De hecho, si consideráramos a cada mundo posible como un sistema actualizado por un "lenguaje" particular, podríamos decir que estos textos son sincréticos. Un texto histórico, un texto oral, son, por ejemplo, también textos sincréticos. En ellos aparecen diferentes lenguajes soportando o manifestando diferentes significaciones. El tiempo, la temporalización, se actualiza en estos textos en lo que queremos definir como redes temporales. La naturaleza sincrética de estos textos influye, por lo tanto, en la representación y la esquematización del tiempo.

En el texto histórico, su naturaleza sincrética, permite temporalizar (construir tiempo) ya sea usando sólo expresiones lingüísticas o códigos de numeración arábiga o numeración romana. Y aun usando sólo expresiones lingüísticas puede establecerse el cruce entre diferentes sistemas de representación

¹ Para tener una mayor información sobre diferentes tipos de tiempo (diferentes maneras de representarlo) se puede consultar el artículo de Zavala, 1999.

de temporalidad² a través de la *correferencia*, de tal manera que en un texto pueden aparecer, en diferentes lugares y momentos, expresiones como: Siglo de las luces, la Ilustración o Siglo XVIII. Entender que estas expresiones aluden a un mismo referente temporal implica la utilización de marcos cognoscitivos que nos permiten establecer su correferencia.

Por otra parte, en el relato oral, en donde lengua, movimiento corporal, gesto, tono y ritmo de la voz coexisten, la temporalización puede manifestarse en cualquiera de estas sustancias o puede aparecer como una especie de "sinestesia" verbal-no verbal a través del uso de todos los lenguajes. Quizá también en este caso, la naturaleza misma de los soportes materiales (por ejemplo, el ritmo y el tono de la voz) permite destacar con mayor claridad los ritmos temporales, las "cualidades" de las duraciones.³

Hasta aquí, lo que hemos querido dejar en claro es que el tiempo, en los textos, constituye significación, y se manifiesta en diferentes formas (cubriendo también funciones diferentes) según la naturaleza misma de los textos (es decir, según los lenguajes y las sustancias que le dan forma y los contenidos que éstos manifiestan), pero también según los "contactos" que se establezcan entre esos textos y sus usuarios y las condiciones en que ocurran esas aproximaciones.

Lo que nos interesa, en lo que sigue, es ilustrar, con un ejemplo, la manera en que, sobre todo en los textos sincréticos, aparecen las redes de temporalidad.

² Diferentes porque su referencia para temporalizar no es la misma: en algunos sistemas son las características relevantes de una época las que la definen y le dan nombre (como en la designación "Revolución Industrial" o "La Ilustración"); en otras, la referencia es simplemente una medida creada por el hombre (como períodos de un año, diez años, cien años).

³ Por ejemplo, cuando un narrador expresa: "Y entonces el muchacho caminaba aprisa, aprisa, aprisa" (y acompaña su decir con un ritmo acelerado al pronunciar la palabra "aprisa" y usa un tono energético).

2. El texto

Para hablar de múltiples tiempos simultáneamente presentes en un texto vamos a considerar, en especial, una manifestación de cultura popular: el carnaval en los barrios de la ciudad de Puebla. La descripción de éste se realizará en el siguiente apartado sólo de manera general con el fin de apoyar nuestros argumentos; manejaremos algunos datos específicos cuando sea necesario y remitimos al lector a otros estudios ya realizados (Castillo y Luna, 1991; Luna, 1997).

En esta parte lo que nos interesa es presentar de manera introductoria la problemática de estudio que deja al descubierto la necesidad de esclarecer los fundamentos metodológicos que nos permitieron caracterizar al carnaval como texto sincrético. Es a partir de estos fundamentos que vamos a desarrollar las operaciones analíticas e interpretativas para lograr el objetivo ya mencionado.

El término *texto* tiene fundamentalmente el significado de "tejido" (*textus*), una totalidad de unidades interrelacionadas. Se entiende como un objeto, una unidad compleja situada deliberadamente entre dos o más actores comunicativos con el fin de dar a entender un mensaje. Schmidt (1990: 112 y ss.) distingue un aspecto material, que llama "base de comunicado" y un aspecto comunicativo-funcional que denomina "comunicado" e identifica al concepto de texto con la expresión "base de comunicado", que es un objeto material "intersubjetivamente identificable". En el caso del texto lingüístico, éste es reconocido como constituido por unidades de distinto nivel (como fonemas, palabras, oraciones). Por el lado del "comunicado", continuando en el ámbito del texto lingüístico, se dan varias condiciones, como las siguientes, para su constitución:

(a) la base de comunicado material;

- (b) la representación cognitiva, cargada emocionalmente, que un participante comunicativo asigna a la base de comunicado (= significado lingüístico);
- (c) las relaciones que un participante comunicativo establece entre el significado lingüístico y uno o más sistemas de referencia en su sistema de presuposiciones (como por ejemplo, teorías, sistemas de normas, etc.) (=relaciones de sentido);
- (d) la actitud del participante comunicativo frente a la importancia del significado lingüístico y de las relaciones de sentido para su ámbito vital cognitivo, emotivo, moral, etc., así como para sus intereses, orientaciones, opiniones, etc. (=relevancia) (Schmidt, *op. cit.*, p. 115).

Generalizando estas condiciones se podría pensar en ellas como aplicables a la constitución de cualquier texto. Esta perspectiva teórica de la relación entre los soportes materiales y las configuraciones (substancias y formas) del plano de la expresión y del plano del contenido (Hjelmslev), abre la problemática de cómo las culturas desarrollan múltiples y complejos procesos de construcción de modelos de realidad a partir de materialidades físicas.

Recordemos el planteamiento de que el texto tiene dos planos, la expresión y el contenido, que cada uno de esos dos planos se presenta como una estructura, en la cual se reconocen distintos niveles de pertinencia, con sus elementos y relaciones. En este punto es problemático entender al texto de manera abstracta como "constituido" unitariamente por esos dos planos sin tomar en cuenta cómo se relacionan ambas estructuras para formar una totalidad de mayor nivel que es el texto. Deleuze (1989: 68-71) desarrolla algunas reflexiones sobre el concepto de estructura. Primero, que es necesario que existan, al menos, dos series para formar una estructura: una significativa y otra significada. Pero estas series son heterogéneas una frente a la otra y siempre están en una relación de desequilibrio. Otro principio

estructural consiste en que el valor de cada elemento está en la relación que guarda con todos los demás, en un determinado nivel de pertinencia; pero, a su vez, este nivel tiene un valor en relación con otras unidades. La cuestión es que la serie significativa siempre tiene un exceso de unidades en relación con el plano del contenido, que es de otra naturaleza. Deleuze nos dice que

...el significante primordial es del orden del lenguaje; ahora bien, sin tener en cuenta el modo como se adquiriera el lenguaje, los elementos del lenguaje han debido darse todos a la vez, de un golpe, porque no existen independientemente de sus relaciones diferenciales posibles. Pero el significado en general es del orden de lo conocido; ahora bien, lo conocido está sometido a la ley de un movimiento progresivo que va de parte en parte, *partes extra partes*. Y sean cuales fueren las totalizaciones que opere el conocimiento, siguen siendo asíntotas a la totalidad virtual de la lengua o del lenguaje. La serie significativa organiza una totalidad previa mientras que la significada ordena totalidades producidas (*Op. cit.*, p. 68).

La relación entre las series siempre está en desequilibrio, en constante desplazamiento, siempre hay significantes y significados “flotantes”; ello hace posible la creación de nuevos procesos de construcción de lo real.

Por otro lado, nuestra acción analítica debe en todo caso decidir en qué nivel estructural va a trabajar, con qué tipo de unidades y relaciones realizará sus abstracciones. La noción de texto presupone un trabajo de selección y reconstrucción de totalidades de sentido, de modo que ese texto es un *acontecimiento* (Deleuze) asignable a una posible estructura más amplia.

En el campo de la significación de los textos culturales se ha reconocido como necesaria la acción constructiva de una comunidad de productores-lectores que, sobre la base de la presencia perceptiva de un conjunto de hechos, realiza una primera operación atributiva: señalarlo como un “sistema significativo”, en

determinadas condiciones de interacción comunicativa, con sus sistemas de presuposiciones y sistemas de relevancia (*Cf.* también para esta perspectiva, Eco, 1999).

Así, los textos a través de los cuales se manifiesta la cultura, son reconocidos como tales, es decir, como sistemas significantes, sólo en una estrecha relación con los conjuntos de operaciones de lectura que son realizados sobre ellos. Fernando Gil (1994; 216), basándose en Gilles Granger, habla de la dualidad entre objetos y operaciones, éstas son las palabras que cita:

Con el ejercicio del principio de dualidad, la captación perceptiva de un fenómeno se desdobra en un acto de posición de objeto y en un sistema de operaciones implícitamente (y tal vez virtualmente) establecido, cuyo objeto es a la vez el sostén —en cuanto indeterminado— y el producto —en cuanto determinación de una experiencia—. Es este desdoblamiento dual de un momento objetual y de un momento operativo el que permite dar a un objeto de experiencia la categoría de significante.

Con base en lo anterior se puede afirmar que toda observación y toda interpretación de alguna experiencia están determinadas por un objetivo y un sistema simbólico; por ello el “objeto” a partir de ese momento de su construcción deja de ser una realidad unida a la captación perceptiva inmediata.

En otros términos, las diferentes comunidades de comunicación, de acuerdo con sus estados de conciencia y atención, en relación con sus intereses comunicativos y los sistemas de lenguajes que manejan, realizan descripciones, recortes, reconstrucciones en el continuo cultural; también destacan u ocultan, interpretan de alguna forma, algunos aspectos de esa complejidad, cercana o lejana, que los rodea.

Las sociedades humanas son herederas de una tradición al mismo tiempo que son productoras de nuevas manifestaciones culturales. Las lenguas naturales, los conjuntos de opiniones y

de creencias, los sistemas de objetos y sus valores socioeconómicos, los sistemas y programaciones de interacciones comunicativas, las identidades de los grupos sociales, los espacios como la casa, el templo o la ciudad, los productos artísticos, los sistemas de sentimientos, forman, a grandes rasgos, un ámbito amplísimo desde el cual podemos reconocer la existencia de textos. Desde un ángulo semiótico, algunos de estos textos, dadas sus condiciones de producción, se llaman "sincréticos" porque están conformados por múltiples soportes materiales y códigos: son macrosistemas dentro de los cuales interactúan otros sistemas (subsistemas).

Por ejemplo, un rito o una fiesta como una boda, un carnaval, un desfile, una misa, un acto político, presentan en su constitución diferentes sistemas de actores y acciones, diferentes soportes materiales de la significación, como la gestualidad, la mímica, los sistemas de objetos (como los vestuarios y los mobiliarios), los conjuntos de textos verbales (orales y escritos), con sus respectivos códigos gráficos y de las voces; la música y otros sonidos, así como los colores, los olores y los sabores.

Si a esta complejidad le asociamos, además, la presencia de otros textos, verbales y no verbales, cuya función es describir su desarrollo y dar cuenta de los diferentes procesos de tratamiento de la información obtenida de esos eventos (como es el caso de los comentaristas y sus comentarios, los equipos de registro fotográfico, magnetofónico, audiovisual y sus operaciones de selección y reconstrucción icónica y narrativa), entonces el proceso de reflexión analítica se complica.

Además, tenemos cadenas de relaciones intertextuales: la co-presencia funcional de los textos da lugar a nuevas relaciones de significación en un nivel mayor; también encontramos que unos textos sirven de "interpretantes" de otros textos, dan cuenta de las estructuras de expresión y contenido de los textos a los que se refieren.

Debemos, entonces, considerar al texto como una entidad más abierta y dinámica. Lotman, desde el punto de vista de una

Semiótica de la Cultura, sitúa al texto como un modelo complejo de cultura, frente al cual, *en distintos contactos con él, las comunidades de lectores privilegian ciertos efectos de sentido por sobre otros*, que igualmente podrían ser actualizados en otras ocasiones o frente a otros procesos de lectura. Primeramente, Lotman (1993) señala que todo texto está codificado, por lo menos, dos veces; por ejemplo, un texto jurídico que está articulado sobre la base de un lenguaje primario que es la lengua natural, cuyos signos tienen diversos significados diferentes a los que maneja el texto en cuestión, es un texto de "segundo orden". Otra etapa de reflexiones consiste en atender a textos que están constituidos por subtextos manifestados por lenguajes diferentes, como lo verbal en conjunción funcional con lo gestual o lo musical. Esto lleva al "surgimiento de complejos problemas de recodificación, equivalencia, cambios en los puntos de vista y combinación de diferentes 'voces' en un único todo textual" (Lotman, 1993). Un texto con "multiestructuralidad" es capaz de entrar en diferentes relaciones con los contextos y con los públicos receptores, de modo que va adquiriendo nuevos significados desde fuera y produciendo otros desde su interior, ello significa que "adquiere memoria", de modo que las operaciones de lectura se hacen más complicadas puesto que deben atender a elementos extratextuales tanto como a los intratextuales (lo que se ha dicho que significa el texto), pero el lugar de los significados (intra o extratextuales) es decisión de las comunidades de comunicación determinadas.

Consideremos, en este contexto, el siguiente concepto de *complejidad*:

La complejidad de una unidad indica el hecho de que no todos los elementos de dicha unidad pueden estar simultáneamente en relación con ellos mismos. Así, la complejidad significa que para actualizar las relaciones entre los elementos es necesaria una selección. Como fundamento de la definición de complejidad está la distinción entre elemento y relación, que permite

observar una condición de relacionabilidad selectiva, distinguiéndola de una condición de relacionabilidad completa entre los elementos (Corsi y otros, 1996: 43).

Así entendida, la complejidad es una característica de todos los textos puesto que cualquier acercamiento interpretativo que realicemos sobre él es siempre una serie de operaciones de selección de sentido. Toda identificación de elementos y relaciones constituye una diferencia entre sistema y entorno (Cf., Luhmann, 1998, 1998^a).

Ahora bien, ¿cómo se puede observar esa complejidad? Una teoría representacional de la ciencia, expuesta por Andoni Ibarra y Thomas Mormann, toma como punto de partida el siguiente esquema:

Sea D un dominio de datos y C el dominio de constructos simbólicos. Una teoría empírica es una representación $f: D \Rightarrow C$. La aplicación f ofrece una representación del dominio D por el dominio C de constructos simbólicos (Ibarra-Mormann: 1997: 94).

La representación no es una imagen especular del objeto, puesto que, como ya mencionamos, el objeto es el correlato de un sistema de operaciones. Nuestro dominio de datos es un conjunto de proposiciones descriptivas, no el objeto mismo. El concepto de realidad tiene un carácter funcional:

Cassirer propone considerar el experimento mental de imaginar un estado primitivo de la experiencia inmediata, aprehendido *sin ningún instante de reflexión aún*. En ese estado primitivo no existe todavía ninguna distinción entre real e irreal: lo que la conciencia comprende *es*, y es justamente del modo como se presenta a la conciencia. No existe ninguna distinción entre *interno* y *externo*, ninguna distinción estricta entre presente y pasado: el pasado es tan *real* como el presente, si es que está registrado en la memoria. En ese ficticio estado primitivo

del conocer, en el que aún no se puede hablar de un *sujeto* del conocimiento, todo es *objetivo*. Pero ya no nos encontramos en ese estado *paradisiaco* (Ibarra-Mormann, 1997:255-256) (cursivas, en el original).

También la representación del dominio de datos por parte del constructo simbólico tiene como característica la "preservación de estructuras", es decir, que la representación teórica debe dar cuenta de la configuración de su objeto con el fin de hacer explícita su estructura, por un lado; y por el otro expresar, de manera más clara y controlada, un conocimiento sobre ese dominio de datos. En otro punto los autores (*Op. cit.*, p. 288) hablan de "inducción y reducción de complejidad", se trata de que las representaciones "sirven para *reducir*" la "complejidad superflua", es decir, la que no es relevante para los fines pragmáticos de la representación. La inducción consiste en que las representaciones van obteniendo mayores niveles de complejidad y coherencia, la cual es reconocida y/o reconstruida, de manera dialógica por la comunidad científica.

Para esta teoría representacional de la ciencia es fundamental el concepto peirciano de *interpretante*. Sobre la base de una explicación peirciana del signo, se expone de la siguiente manera:

...un *representamen* —o signo en el sentido semiótico— es una cosa vinculada bajo cierto aspecto a un segundo signo, el *objeto* del representamen, de forma tal que pone en relación una tercera cosa, su *interpretante*, con ese mismo objeto, a fin de poner en relación una cuarta cosa con este objeto, y así *ad infinitum* (*Op. cit.*, p. 240) (cursivas, en el original).

En otro lado retoman también conceptos de Peirce:

El interpretante *traduce* indefinidamente el signo en su relación con el objeto, generando así, en cada momento, un determinado estado de conocimiento con respecto al cual ha de

situarse aquella relación binaria ... (*Op. cit.*, p. 241) (cursivas, en el original).

Nuestro acercamiento al carnaval como un macrotexto consiste, en cada etapa de la investigación, en una serie de decisiones selectivas e interpretativas, realizadas y ordenadas con arreglo a fines planteados explícitamente. Para ello, desde un principio, el carnaval, a partir de su complejidad perceptiva y significante, es el campo de construcción de dominios de datos por parte de los analistas, que, desde el inicio, cuentan con diferentes constructos simbólicos (textos interpretantes) para dar cuenta de características relacionales reconocidas, bajo un determinado punto de vista, en ese dominio de datos. El carnaval es susceptible, dada su complejidad real, de ser objeto de múltiples procesos de lectura, mismos que tienen como producto otros textos que realizan, unos en relación con otros, la función de interpretantes, con el fin de revisar el grado de perfección que va adquiriendo el estudio de este acontecimiento social.

En el apartado que sigue, entonces, damos a conocer una posible lectura de este texto.

3. Las redes de temporalidad

El carnaval que se realiza en algunos barrios de la ciudad de Puebla, un Estado situado en el centro de la República Mexicana, continúa siendo periférico en relación con las autoridades civiles y eclesiásticas, es decir, éstas no han llegado a intervenir en su organización interna; en estos últimos años (principalmente en 1999 y 2000) el Ayuntamiento del Municipio de Puebla les brinda espacios de presentación (las explanadas del Centro de Convenciones, moderno lugar cultural, turístico y comercial muy próximo a esos barrios), con el fin de contribuir a la promoción y mantenimiento del carnaval. Pero son los grupos populares (las diferentes cuadrillas) de los barrios los que se encargan de organizar y llevar a cabo esa celebración itinerante

que tiene lugar en las angostas y empinadas calles del barrio, en las casas particulares de cuyos dueños reciben una generosa cooperación: en los mercados y en los jardines cercanos. Sólo van a otros lugares bajo solicitud expresa de autoridades o por acuerdo con las cuadrillas de otros barrios. La iglesia permanece ajena al carnaval, aunque muchos carnavaleros participan con igual interés en las celebraciones religiosas como la Semana Santa.

Ya mencionamos los escenarios, ahora señalaremos en forma general los acontecimientos que ocurren. El carnaval se realiza en un tiempo preciso: domingo, lunes y martes inmediatamente anteriores al miércoles de ceniza, que es el inicio de la Cuaresma. Son días completos de celebración: de diez de la mañana a ocho o nueve de la noche. El domingo posterior al miércoles de ceniza se lleva a cabo un baile de remate o clausura del carnaval.

La celebración consiste en el desarrollo de coreografías por parte de un grupo (principalmente formado por hombres) disfrazados de damas y caballeros elegantes del siglo pasado; también hay atuendos de mujeres modernas, con vestido de noche o minifaldas atrevidas. No faltan los diablos, que a veces bailan pero que casi siempre hacen travesuras entre la gente del público. La música es de corte popular y alegre y es ejecutada por un grupo musical que acompaña a la cuadrilla a los distintos lugares en que se presenta. Además, hay otro conjunto de personas que acompaña a los danzantes, amigos y familiares, éstos desarrollan el papel de público y animan los actos, haciéndolos más atractivos ante el ocasional público extraño al barrio.

El conjunto de actores tiene un alto grado de heterogeneidad porque el grupo de danzantes son principalmente hombres de edades de entre 12 y 70 años. La mujer está ganando, cada año, espacios de participación como danzante, aunque su participación en otros eventos del carnaval es fundamental: la organización de las comidas y cenas, la confección de los trajes, la producción, al igual que los hombres, de discursos verbales que

describen y alaban al carnaval y construyen una identidad colectiva en términos de tradición carnavalesca.

Además de los bailes, otros eventos importantes son el levantamiento de la bandera, que representa de manera emblemática al propio carnaval como entidad autónoma e importante: la persecución y "colgada" del diablo, las comidas y los discursos de despedida por parte de un representante de la cuadrilla (estos discursos tienen lugar inmediatamente después de los bailes y se acompañan de gritos de júbilo y porras al barrio y a los carnavaleros). Dicho acto se lleva a cabo, por cada cuadrilla, en lugares importantes del barrio, entre ocho y nueve de la noche el día martes de carnaval.

Podemos apreciar, a partir de esta breve descripción, que el carnaval es un texto sincrético y, como tal, vamos a considerarlo para observar con mayor detalle las redes de temporalidad que en él se manifiestan.

En primer lugar, esta fiesta⁴ justamente acepta el nombre de *carnaval* por la posición que guarda en relación con la *Cuaresma*. Es su localización temporal en un *continuum* festivo, lo que permite establecer un primer recorte significativo y confrontar a este conjunto significativo como texto, con una denominación sociocultural específica.

En un segundo momento, es el recorte de este texto en unidades temáticas mediante términos como "baile", "traslado", "comida"... y la *ubicación* de estas unidades en una *sucesión*, lo que nos permite describir lo que ocurre y así objetivarlo con mayor agilidad.

⁴ Caracterizamos al carnaval como fiesta porque en él aparecen los siguientes rasgos que, según Bauer (1981:68-69), corresponden a un evento festivo: tiene su propia forma temporal "que se eleva de la vida laboral como ocio intensificado"; reclama su propio espacio; su substancia es el sentimiento; tiene como pretexto un acontecimiento repetitivo; está libre de coacciones cotidianas; el juego y la contemplación le pertenecen; es planeada y se rige por reglas más o menos observadas; la fiesta se exterioriza a sí misma; en ella, la sociedad es una consigo misma.

Este ordenamiento de los acontecimientos de la fiesta, esta programación temporal, está altamente regulada por el saber tradicional actualizado en múltiples discursos de los participantes:

Después de todos los preparativos, el domingo y el lunes temprano hay que reunirse en la casa de uno de los principales organizadores de la cuadrilla; luego, cuando ya está la música, se inicia el primer baile. En cada bailada, a su vez, hay un orden preestablecido de coreografías (la entrada, los listones, el rehilete, la garrocha...). Luego están los traslados, entre bailada y bailada, y cuando aprieta el hambre ya se va uno a comer... Ahí descansa uno un poquito para luego darle otra vez a la bailada y a la caminada... Y así hasta que nos llega la noche.

Ya el martes de carnaval, al final de la jornada se cuelga la bandera... y al domingo siguiente, a media tarde, se corretea, amarra y cuelga al diablo. Después de la última bailada, este día, se despide a la fiesta... hasta el año que viene.

Es fácil percatarse, para quien participa en el carnaval, que todos estos acontecimientos regulados por la tradición, en cuanto a su programación y su localización, se inscriben en un sistema temporal sociocultural muy abierto. Es fácil precisar los días en que la fiesta se lleva a cabo; en cambio, es muy difícil precisar en qué momento exacto (marcado, por ejemplo, en horas) se va a realizar tal acción o evento y en qué lugar. El ritmo mismo del "fluir" de la fiesta va determinando estos aspectos. Una bailada, por ejemplo, puede incluir sólo tres coreografías y durar unos pocos minutos, o incluir todo el repertorio coreográfico de la cuadrilla y durar cerca de media hora. Esto va a depender del entusiasmo y cantidad del público, de lo jugoso de la cooperación económica de los asistentes, de si se baila cerca de la casa de un amigo o patrocinador de la cuadrilla, si el desenvolvimiento del evento agrada significativamente a los actores, etc. Así, tanto los tiempos (y duraciones) de cada evento, como su loca-

lización, se van construyendo en el momento, de acuerdo a una multiplicidad de factores afectivos, sociales y físicos (por ejemplo, si la calle es angosta o si al parar el tránsito la gente se molesta, o por el contrario, se entusiasma).

Esta forma de temporalizar es muy característica de los ritos y de las fiestas populares: aunque sus acontecimientos están inscritos en sucesiones temporales fuertemente reguladas tanto por el calendario civil como por la tradición, es la dinámica interna de cada uno de ellos lo que determina sus duraciones (tanto en calidad como en cantidad). Aparecen, pues, dos sistemas de regulación temporal, uno que podríamos llamar *externo* (el civil o socioculturalmente establecido para normar las múltiples actividades de la vida cotidiana, como el calendario, los horarios de trabajo y ocio, el ciclo anual de celebraciones y días hábiles) y el *interno* (que depende más del fluir propio de los acontecimientos festivos).

A estos se añaden otros mecanismos de temporalización, que se presentan en estrecha relación con los múltiples lenguajes y códigos que se actualizan en la fiesta. La música establece ritmos diferentes y por lo tanto formas también diferentes de temporalización de los bailes (algunos lentos, otros más rápidos). La vestimenta (como código), junto con el gesto y el movimiento corporal, también contribuye a la temporalización de actores y haceres en las representaciones. Esta especial temporalización soportada por diferentes materias significantes genera significaciones muy especiales y propias de la fiesta. Veamos algunos ejemplos. La característica material de los objetos vestimentarios permite un anclaje temporal, ya sea dentro o fuera del carnaval:

Ésta es una máscara muy antigua porque está hecha de madera de colorín... Ahora ya no hay de éstas.

La Mariaguilla y el catrín se visten con elegancia y lujo, como los hacendados y patrones de antes.

Y no sólo las formas, los colores, los materiales de los objetos vestimentarios permiten construir significaciones temporales. También los gestos y las actitudes de los actores carnavalescos. Una Mariaguilla (es decir, un hombre vestido de mujer, que usa una máscara con facciones europeas y tez blanca y viste un lujoso traje largo tradicional) nos remonta rápidamente a épocas pasadas, no sólo por su traje sino también por sus movimientos finos y medidos en el baile, junto a su catrín. Una "mujer moderna", actor que también aparece en los bailes de carnaval, nos ubica en la actualidad por su manera de maquillarse, vestirse y comportarse en el baile.

Es más, un acto de habla como el decir: "¡Chin, chin el que no grite!", por parte de "una mujer" lujosamente ataviada, nos saca de la visión de la representación (el ahí) y nos introduce rápidamente en un tiempo y en un nivel enunciativo. La voz grave del hombre disfrazado de mujer y el ademán enérgico que acompaña a su decir, nos regresa a la "realidad", al aquí-ahora del espectáculo que nos muestra a los "actores" (ya no tanto a los "personajes"), nos saca de un tirón del tiempo del mundo representado.

Por otra parte, aunque la fiesta de carnaval se repite año con año, nunca es siempre igual. Los eventos pueden ser los mismos pero varían sus duraciones y también varía el juego entre presente y pasado como periodos que se inscriben en vestimentas, actitudes y representaciones que ocurren en la fiesta.

Así, no fue difícil observar, entre 1994 y 1997 a carnavaleros que llevaban capas donde podía leerse: *Viva la paz en Chiapas*, o a personas disfrazadas de Carlos Salinas de Gortari en actitud de "saludo al pueblo" y arrojando billetes de juguete. La vestimenta, las actitudes y los gestos de los participantes recuperan valores del pasado y del presente, permitiendo así la coexistencia intratextual de esos tiempos.

Otro sistema de referencia temporal que coexiste con los antes mencionados, lo constituye el propio cuerpo de los carnavaleros. La edad de los participantes y su estado de salud, funcio-

nan como parámetros para establecer “tiempos individuales” de fatiga y descanso, de necesidad de alimento, de no participación en ciertos días o ciertos eventos, que por su duración o por su ritmo demasiado acelerado (como bailar durante tres días, corretear al diablo y colgarlo), no permite la participación por igual de todos. Los más ancianos participan sólo el martes de carnaval o el domingo del remate y únicamente realizan unas cuantas “bailadas”. Los más jóvenes encarnan al diablo, que, en la fiesta de carnaval, es el personaje que más participa en todos los eventos y cuyo ritmo de actuación es, por demás, acelerado e intenso.

La copresencia de todos estos hilos conductores de significación temporal que se van integrando en conjuntos sistemáticos es lo que hemos llamado *redes de temporalidad*. Éstas permiten la coexistencia armónica o contrastante de tiempos físicos, individuales, cosmológicos y sociales; y permiten la caracterización del carnaval como una *policronía*. Parte de la significación desplegada por estas redes de temporalidad tiene que ver con la semantización general del carnaval como un texto esencialmente *paradójico*. Recordemos que la paradoja es:

Figura de pensamiento que altera la lógica de la expresión pues aproxima dos ideas opuestas y en apariencia irreconciliables, que manifiestan un absurdo si se tomaran al pie de la letra —razón por la que los franceses suelen describirla como “opinión contraria a la opinión” — pero que contienen una profunda y sorprendente coherencia en su sentido figurado (Beristáin, 1998).

En el caso del carnaval, nos encontramos con esas expresiones contradictorias entre sí, que por su presencia simultánea generan un sentido nuevo en un nivel textual general. La copresencia de categorías como lo tradicional y lo actual; lo acelerado y lo lento; el presente y el pasado, lo elegante y lo grotesco, entre otras, hace que este carácter paradójico sea una *propiedad*

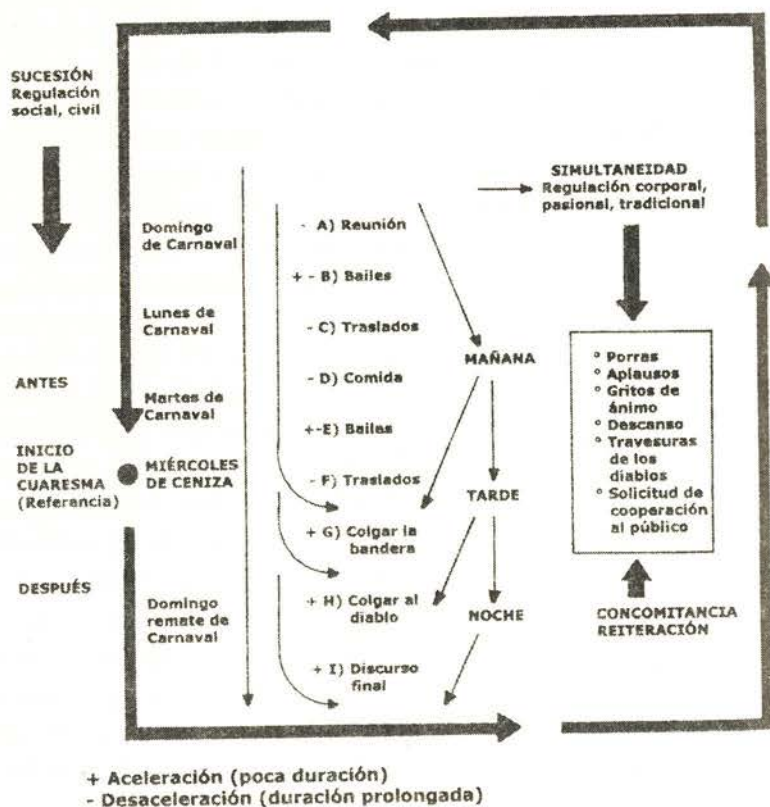
emergente del texto, es decir, aquella que no tienen las unidades por sí solas (Cf. Bunge, 1999).

Las redes de temporalidad puestas en juego, permiten ubicar las transformaciones o cambios que ocurren en el carnaval y señalar su duración. Estas dos operaciones permiten establecer una primera organización significativa del carnaval como texto, ya sea desde el punto de vista de la producción o de la recepción. Pero también apoyan la aparición de propiedades emergentes, en este caso, de significaciones propias de la fiesta de carnaval.

En resumen, los textos sincréticos actualizan redes de temporalidad que se vinculan estrechamente con la materialidad de los lenguajes (los objetos, las acciones) y los contenidos que se manifiestan o expresan a través de ellos. Tanto expresión como contenido son soportes de nuestras percepciones del tiempo, que, no hay que olvidar, surgen del *contacto* de los *fenómenos en devenir* (manifestados y organizados en el texto) con la *mirada* de quien los contempla y participa también de alguna manera en su organización. En relación con esto, es relevante mencionar aquí que muchas veces no sólo la configuración expresiva de un objeto (su estructuración, su diseño) sino también su soporte material (sus cualidades perceptivas objetuales) son portadores de sentido del tiempo. Por ejemplo, la textura desgastada de la madera, de la tela o del papel, sus tonalidades de color, su olor. En este sentido funcionan los lugares más antiguos de los barrios; las máscaras y los vestuarios con más años, así como la presencia de los carnavaleros más viejos. Aparte de ser portadores de un significado específico (una máscara representa a una dama, como ya mencionamos) tienen un valor *objetual* como depositarios de una concepción del tiempo.

TEXTO DE REITERACIÓN ANUAL

- o Recuperación del pasado (memoria del texto)
 - o Recuperación del presente (texto permeable al contexto actual)
- Regulación tradicional, social, civil



4. Un esquema general

En el caso del carnaval, un esquema como el que presentamos aquí nos permite visualizar la significación global o emergente que, respecto al tiempo, se actualiza en la fiesta (a través de una puesta en relación de las diferentes redes de temporalidad allí manifestadas).

Las "selecciones" que realizamos sobre hechos y relaciones del carnaval, como macrosistema significante, nos permiten percibir las diferentes redes de temporalidad puestas en juego. Lo temporal "narrativo", más ligado a los contenidos del carnaval hace posible observar la coexistencia de sucesión y simultaneidad de acontecimientos.

Lo temporal tipo "reloj" o "calendario", más ligado al soporte material, nos permite vislumbrar la coexistencia de lo tradicional y lo actual; lo "individual" (físico o biológico y tímico o pasional) y lo social.

También la temporalidad que nos permite percibir la manera como ocurren los hechos (acelerada o lentamente), está más ligada al tipo de soportes materiales que se actualizan en la fiesta. Y todos estos hilos, en el texto, forman redes temporales que nos permiten percibir cualitativamente el uso del tiempo como un elemento más que refuerza el carácter paradójico de la fiesta de carnaval.

Indudablemente que a otro "lector" puede serle importante privilegiar uno u otro de estos hilos de temporalidad simultáneamente presentes, según sus necesidades de investigación o de observación y entonces el tiempo, en el carnaval, se tomará cualitativamente diferente y con seguridad podrá generar otro esquema de representación.

Lo que tratamos de ilustrar aquí es que la actualización de redes temporales en un texto sincrético daría origen a esquematizaciones complejas en donde la "flecha del tiempo" (eje horizontal, de las sucesiones orientadas) se mezcla con una representación en forma de círculos o espirales (que corresponde a

una temporalidad cíclica o de las reiteraciones) y con un eje temporal "vertical" sin orientación (el de los hechos que corresponden a simultaneidades azarosas). Esta última consideración nos lleva a plantearnos una seria reflexión sobre la correlación del tiempo-espacio en los diferentes sistemas de representación temporal, pero esto sería motivo, definitivamente, de otro artículo.

Bibliografía

- BAUER, Hermann, 1981, *Historiografía del arte*, Madrid, Taurus.
- BERISTÁIN, Helena, 1998, *Diccionario de retórica y poética*, 8 ed., México, Porrúa.
- BOLADERAS CUCURELLA, Margarita, 1989, "El conflicto del tiempo y del deseo". *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona, Crítica, pp. 171-185.
- BUNGE, Mario, 1999, *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*. México, Siglo XXI.
- CASTILLO ROJAS, Alma Yolanda, 1994, *Encantamientos y apariciones. Análisis semiótico de relatos orales recogidos en Tecali de Herrera, Puebla, México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Col. Regiones de México).
- CASTILLO ROJAS, Alma Yolanda y Ambrosio Javier LUNA REYES, 1991, *El carnaval en los barrios de Puebla. El carnaval de Xonaca*. México, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura.
- CAZENEUVE, Jean, 1972, *Sociología del rito*, Buenos Aires, Amorrortu.
- CORSI, Giancarlo, Elena ESPOSITO, Claudio BARALDI, 1996, *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, México, UIA, ITESO, Anthropos.
- DELEUZE, Gilles, 1989, *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós.
- ECO, Umberto, 1999, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, 4 ed., Barcelona, Lumen.
- ELÍAS, Norbert, 1997, *Sobre el tiempo*, 2 ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- ELIADE, Mircea, 1972, *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza Editorial.
- GIL, Fernando, 1994, "El sentimiento de inteligibilidad", en VATTIMO, 1994, pp. 215-241.
- GRAS, Alain, 1985, "El misterio del tiempo: nuevo enfoque sociológico", *Diógenes*, 128, México, UNAM, Coord. de Humanidades, pp. 105-125.
- GREIMAS, A. J. y J. COURTÉS, 1982, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, T. I, Madrid, Gredos.
- , 1991, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, T. II, Madrid, Gredos.
- IBARRA, Andoni y Thomas MORMANN, 1997, *Representaciones en la ciencia. De la invariancia estructural a la significatividad pragmática*, Barcelona, Ediciones del Bronce.
- KLINEBERG, Otto, 1986, *Psicología social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LE GOFF, Jacques, 1982, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós.
- LOTMAN, Iuri M., 1993, "La semiótica de la cultura y el concepto de texto", *Escritos*, 9, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 15-20.
- LUHMANN, Niklas, 1998, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, 2 ed., Barcelona, Anthropos, Universidad Iberoamericana, Centro Editorial Javeriano de la Pontificia Universidad Javeriana.
- , 1998^a, *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*, Madrid, Trotta.
- LUNA REYES, A. Javier, 1997, "Juego y presencia. Análisis lúdico del carnaval", Tesis de Maestría en Ciencias del Lenguaje, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- MINKOWSKI, Eugène, 1968, *El tiempo vivido*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SANTANDER, Jesús Rodolfo, 1999, *El tiempo interrogado por los filósofos*, México, BUAP, Cuadernos de Trabajo, 36.

- . 1994-95. "La meditación del tiempo en filosofía", *Morphé*, 11-12, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 9-130.
- SCHMIDT, Siegfried J., 1990, *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura. El ámbito de actuación social*, LITERATURA, Madrid, Taurus.
- TOMAS, Andrew, 1976, *La barrera del tiempo*, Barcelona, Plaza & Janés.
- USPENSKI, Boris A., 1993, "Historia y semiótica. La percepción del tiempo como problema semiótico. 'Primer artículo'", *Escritos*, 9, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 61-84.
- VATTIMO, Gianni (Comp.), 1994, *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y posmodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- ZAVALA, Lauro, 1997-1998. "Hacia una taxonomía de los tiempos, mapa cognitivo de las estrategias de construcción del tiempo", *Morphé*, 17-18, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 137-147.
- ZILBERBERG, Claude, 1994-95. "Observaciones a propósito de la profundidad del tiempo", *Morphé*, 11-12, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 157-213.